

LA SAETA

SEM ANARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 23 de Marzo de 1899

Núm. 435



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Me hacen reina de la fiesta,
y contemplando mi rostro,
no hay quien deje de admirarme
con enamorados ojos.



Tipo oriental.

¿Unas cuartillas hablando de lo cómico y de la sátira?

Cierto es que hay muchos por ahí mal llamados escritores que confunden lastimosamente los términos. Se figuran que con abrir la boca y decirnos una vaciedad, acompañada de cierto gesto estúpido, de saltimbanco de baratijas, ó jugando el equívoco como quien juega los naipes, no hay quien les ponga tacha en su renombre de graciosos. ¡Ay, es tan fácil ser cómicos usando de palabras aparentemente limpias! Los tontos se ríen cuando se da al verbo *tirar* una acepción que no ha adquirido carta de naturaleza en el Diccionario, y muchos epigramas corren por ahí sin más gala que ese ruin ropaje del habla corriente y moliente.

Lo malo no es que los que no entienden palabra de literatura caigan en tan torpes extremos, sinó que abusen los que se pregonan fátuamente literatos, sin más arte (*en ellos es industria*) que enjaretar *desordenadas y bárbaras oraciones*, amontonando vocablo sobre frase y frase sobre dicción. Esos... pedantes que han logrado... crecer algunos milímetros, gracias á la *bonhomie*, á la dulzura de directores tan condescendientes como tú (y perdóname, amigo Luján, que sea yo tan claro, pero digo siempre la verdad, aunque me aspen), esos pedantes se parecen á los asnos como un burro á otro, que sueltan la coz en cuanto les buscan las cosquillas. Truenan contra todo, hablan mal

de los que les protegen, y si ven que sus mañas no bastan para dañar á los que indiscutiblemente y en opinión de todos son superiores á sus merecimientos, recurren al trabajo de zapa y calumnian.

Y... no me llames al orden, que estoy dentro de lo que me solicitas. ¿Que hable de la sátira? ¿de lo cómico?

Bueno, procedamos ordenadamente: podría yo exponerte teorías y meterme en dibujos; pero como tú me pides que hable claro, y esos que muerden no son *artistas* ni estudiaron más que cosas que no entendieron, te digo que el diablo me lleve si sal o de mi asombro. ¿Hay más para eso que remitir á esos tontos al estudio del Diccionario? Léase en el de la Academia: «SÁTIRA: Composición ó escrito de cualquier género, cuyo objeto sea censurar acremente ó *poner en ridículo* á personas ó cosas. || Discurso ó dicho agudo, picante y mordaz, dirigido á este mismo fin.»

Resulta, pues, según esta definición, que la sátira no necesita de los chistes burdos y maleantes para ser sátira, sinó que puede ser seria y bien seria, y que el arte de quien la emplea está precisamente en hacer que resulten los hechos de la vida y los personajes que en ellos intervienen, grotescos, risibles... *ridículos*. Los artículos que se publican en LA SAETA, llenan perfectamente este propósito. Un cuento literario, de los muchos que he leído en ese periódico, es satírico; en cambio, no lo son otros sentimentales, cursis, sin substancia, que también publicas (ya digo que por exagerada bondad) y á los cuales puede

aplicarse este parecer del léxico hablando de lo ridículo: «escaso, de poca estimación». ¡Tan escasos de inteligencia, tan cortos de luces, y... no hablemos de la estima!

Otro dicho académico: «Cómico: Capaz de divertir ó excitar la risa...» Para hablarte de este capítulo tendría yo que emplear muchas filosofías. Se ríen los botarates de cosas que no merecen, á mucho merecer, más que sonrisas de desprecio, finamente irónicas; y en cambio, la gracia, la verdadera gracia, no llega hasta sus almas oscuras. Así no extraño que los pedantes de que he hecho referencia (y que pregonan que son grandes escritores) no sepan lo que es cómico, ni lo que es sátira, y que de consiguiente, te salgan por peteneras; esto es diciendo que el ignorante eres tú en materia... tan fácil para quien, además de artista, estudió lo pertinente.

Ellos sí que resultan, según el Diccionario, objeto de la sátira, y caracteres en suma horriblemente cómicos.

Es verdad que tarde ó temprano la sociedad por un lado, y por otro la Historia (si á tanto alcanzan), se encargan de clavarlos en la picota de lo ridículo.

ANTONIO SALES BAYÉS



— Si al salir á la calle le miro así, con los ojos entornados... se vuelve loco..



No soy muy guapa, señores; que aunque llevo encima á dos
en cambio mi fuerza es tal, aun puedo con otro par.

Aunque la señorita Pertiguero rompió, según se ha dicho, con su parienta la venerable señora de Puenterrudo, no fué de manera que le guardara odio ni rencor. En su alma noble no cabían sentimientos tan bajos y ruines, y bien lo demostró dándole circunstanciadamente noticia de su persona y de sus viajes. Quien se agarraba con terquedad á las rancias preocupaciones de una educación estúpida, que suele cimentarse en el orgullo, era la otra, la tía, la ilustre viuda del marqués de Abremur. Corrieron dos meses sin contestar á Mariana ni aun para hacerle cargos por su conducta, que ella creía abominable y merecedora de las disciplinas del demonio. Mariana decía: «ya se le pasará; los viejos tienen rarezas que debemos disculpar los jóvenes, porque ya no ven el sol sinó á través de un lente ahumado». Y á milady Hobson que no comprendía «la razón del entuerto», (frase suya, entre otras cosas porque no la dejaba de los labios) contestábale sonriente:

—Tiene la altivez de su raza: hubiera hecho una castellana magnífica en el siglo dieciocho.

—¿Ustedes llaman altivez á la intransigencia? —interpeló la otra.

—Es que... á usted se lo puedo decir: generalmente, las mujeres de mi patria están educadas de modo que... que tiene uno que cogerlas con pinzas, porque si nó, se escurren. Muchas ni educadas siquiera, en el sentido, señora, más elevado de la frase. Se les enseña á obedecer primero al padre y al cura, después al cura y al marido. Si á la egregia viuda del marqués, la sin par señora doña Patrocinio Vives de Puenterrudo Hurtado de Mendoza y de Abremur, le diese la ventolera de escribirme, vería usted, además de los vocablos nada juiciosos para denostarme, la letra más ininteligible de este mundo y la dicción más salerosa y divertida.

Poco después de este palique llegó al hotel de Roma una epístola breve y con más envidia de la que podía sospechar Marianilla en el caletre de la de los pergaminos. La escritura no era cristiana, eso sí; y podía creerse que la mano que trazó los rasgos y perfiles se entretuvo en fijar sobre el papel patas de mosca, corcheas y palos del telégrafo, con tan horrible confusión que era peor leer aquello que descifrar un jeroglífico. Las comas y



Dos mariposas distintas,
tan inocentes las dos,

que una se quema en la luz
y otra se abrasa en amor,

La Saeta

puntos parecía que los echara como quien echa un puñado de sal en el puchero. Entre otros conceptos éste: «*Cerida, Zobri Na Mehale Graré Kal rrecivir estas, cortas Lhetras tea lles vien, como yo. Para Mi deseo, que no pueo quomer mas que, lehe por ce, estoy mu malica del estómago...*» Añadía á continuación, y á vueltas de quejas y recriminaciones llamándole ingrata, pérfida, profana, *herética* por hereje, uña del demonio, y otros vocablos lindísimos que hicieron reír á la agraciada, añadía, digo, que su bondadoso y maternal corazón había sufrido «los propios dolores de la Virgen clavada con los siete puñales», (á esto se le ocurrió objetar Marianilla que la irreverente era la linajuda cuanto beata doña Patrocinio); que



Creo que no dudaran ustedes de que se hacer equillbrios, hasta sin balancin.



Ensayando la mejor sonrisa.

Reutlinger.

ella no podía consentir que siguiese por aquel camino de perdición, y que si quería purificarse y *congraciarse* con la herencia y con el cielo (notó la señorita que antes hablaba su tía de los millones que de la eterna salvación... y volvió á tildarla de herética), que si quería volver á la gracia, en suma, consintiese en *maridar* con don Pedro Rofilancha de la Escosura, barón de Cuatroestados, rico, joven virtuoso y muy conocido en la alta sociedad por sus buenas y edificantes costumbres. Había una postdata en que se hacía constar que, «sin embargo del carácter religioso del prometido, era guapo, flamante, simpatiquísimo...»



¡Cuidado que no haber venido esta noche!... Al fin tendré que demostrar que mis uñas arañan.

—Sí — saltó Mariana, arrugando la carta y riendo nerviosamente— como si dijéramos, un toro de muchas libras.

Milady Hobson rogó que le explicara el sentido de esta frase, lo cual hizo Mariana añadiendo:

—Ya ve cómo se confirma lo que le dije: en esa carta no hay de mi parienta más que los trazos y la puntuación, la idea es... de su consejero místico. El *post-scriptum* lo confirma, puesto que sin descuidar los fines... celestes se ajustan á las exigencias mundanas. Han dicho: «para atraer á esa mujer, es necesario recurrir á las artes del matrimonio».

Y soltó una carcajada alegre, franca, agregando (naturalmente, después de calmar la risa un poco):

—Ya ve usted, señora, cómo siendo cosa tan sagrada el matrimonio resulta, por... nuestros convencionalismos, tan inmoral.

—De todos modos, teniendo usted la libertad de poder decidir, hay que agradecer las intenciones de su tía; puesto que además de casarle con hombre rico, le proporciona la manera de heredar.

—¡Ah, señora! — contestó tristemente Mariana — usted no conoce á mi gente; ahí no se busca mi felicidad, sinó los millones de mi beata, y quizás los de mi futuro y los míos. Es... la tela de araña en que se enreda la mosca.

Cómo fué, cómo ocurrió el hecho, no se supo por lo pronto. Vióse muy cavilosa á Marianilla durante toda la semana sin resolverse á contestar, pero ello es que al cabo, la Pertiguero, apretada por Rolland para que despejase la incógnita, dijo que ya había escrito á Madrid.

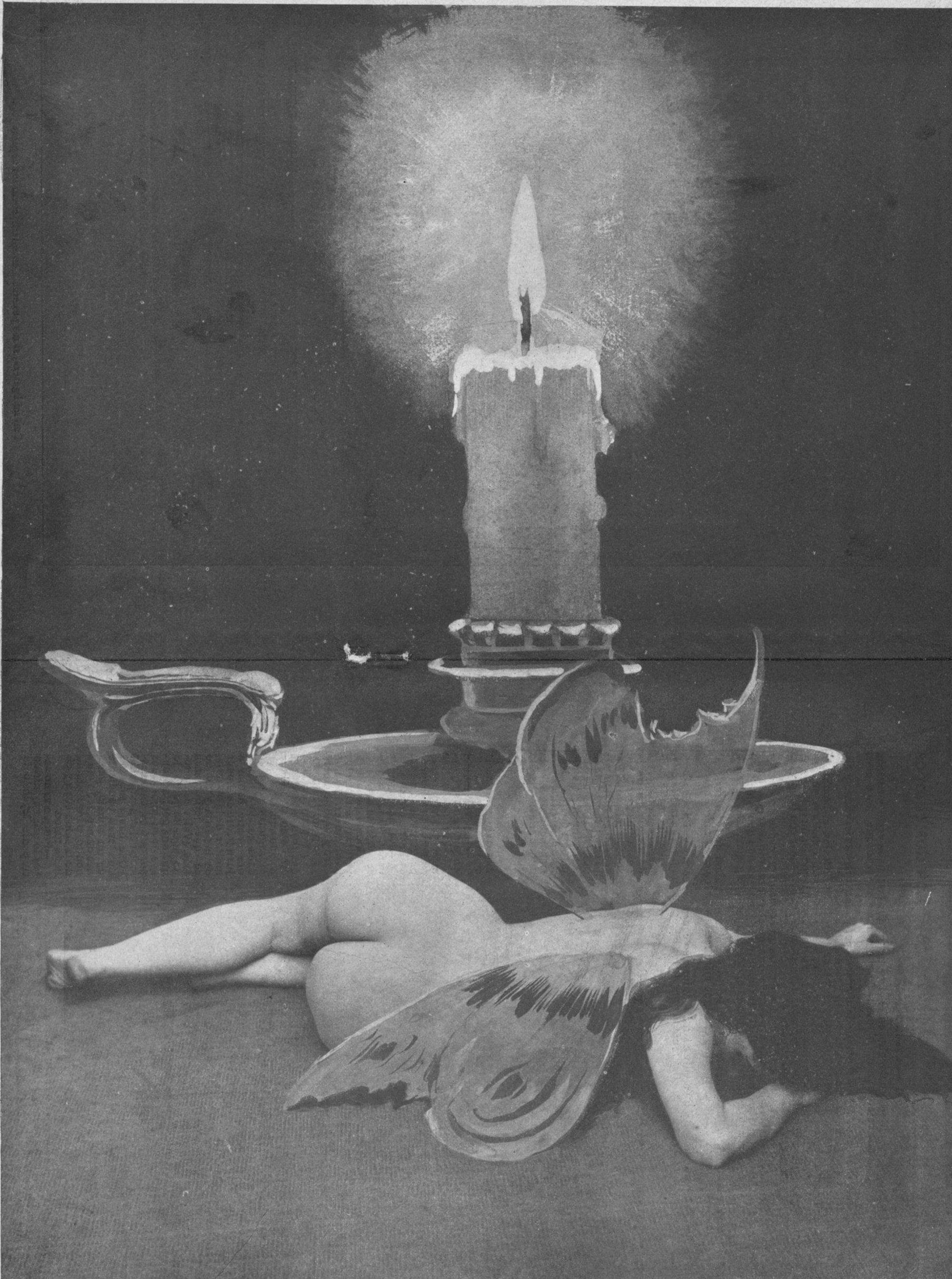
—¿Negándose?

—Proponiendo á mi tía que aconseje al señor Rofilancha que me declare por correo sus intenciones.

J. F. Luján.



Con mi ligereza, si me pusieran alas volaría como los ángeles.



Caida por amor al brillo.

Los dos campos

(Al amigo Tomás Montoto.)

Juan Pedro llegó á España raquítico, enclenque, enfermizo, tanto, que lastimaba verle y costaba gran trabajo reconocer en aquella ruina humana al muchachote fornido y gallardo que, cinco años atrás saliera del pueblo.

Estaba, no obstante, lo ruinoso de salud, contento de sí mismo, porque era patriota ferviente y había cumplido con el deber que le impuso su nacimiento en España.

La guerra le había proporcionado ratos malos, muy malos: en más de una ocasión el hambre le acosó con síntomas de no acabarse hasta la hora de la muerte; pero esto no hizo mella en su bien templado pecho: Juan Pedro tenía el convencimiento de que la patria ganaba por algún lado lo que él perdía, y soportaba las fatigas con alientos de gigante, deseoso siempre de luchar con la bravura de que era capaz hombre de tan soberbio corazón como él.

Este modo de sentir le valió infinidad de satisfacciones de esas que quedan grabadas en el alma por una eternidad: el coronel le había abrazado en presencia de todo el regimiento después de una acción, por su valentía. (Juan Pedro lloró de júbilo), el general mandó en otra ocasión que le hiciesen sargento, y un mes más tarde, en acto solemnísimos, que no olvidaría nunca, colgaron de su pecho la cruz laureada de San Fernando.

Tal vez porque ignoraba lo que iba á suceder, Juan Pedro llegó contentísimo de la guerra, y al desembarcar en la Península envió con un suspiro, el saludo más afectuoso á los compañeros que por allá quedaban.

Las fuerzas de que tan escaso andaba ya volverían á reanimar su cansado cuerpo y si nó las daba por bien perdidas puesto que á cambio de ellas tenía la cruz de los héroes y una pensión módica.



Sorpresa agradable.

En su casa le recibieron con trasportes de alegría, pues la pobre madre había soñado mil y mil veces con su hijo muerto en el fragor de la homicida lucha, ensangrentado, lívido, mandando los últimos suspiros á aquel rinconcito de España donde ella lloraba sin descanso.

El padre después de abrazarle y de jimitotear no poco, decía con voz ahogada.

—¿Lo ves mujer? Ya le tenemos aquí.

—¿Ya no te irás más? ¿No te moverás de nuestro lado? — preguntaba la madre casi afirmando.

—Nó, nó, descuide usted. Vengo con licencia absoluta.

Grande pena era verle así, sin alientos para moverse, achacoso y raquítico, pero ya se pondría bueno.

¿Y poco cuidado que iban á tener con él? Como si hubiera nacido aquel día.

Algunas veces le daba coraje á la madre sentir hablar á Juan Pedro del honor militar, de la bizarría, de la patria y de no sé qué jeringonzas más. ¿Valía acaso todo aquello junto lo que una gota de sangre de su hijo? ¿Pues por qué se entusiasma él con aquello? ¿Qué había sacado? Una cruz pendiente de un cintajo, galones de oro, todo muy bonito, pero á cambio de la salud suya y de la de todos.

—Porque tu no sabes lo que ha sufrido tu padre leyendo lo



FALERO

El sueño de Fausto.

La Saeta

que decían aquellos papeles de Madrid. ¡Si yo creo que la tierra daba más por lo bien que la regó el *probe* con sus lágrimas *toos* los días!

Juan Pedro acachaba la cabeza sin querer contradecir á la madre, porque él en cinco años había llegado á cobrarle cariño á la agitada vida del soldado.

Los mimos del hogar fueron haciéndole volver á la vida que parecía escaparse de su cuerpo á paso de carga.

Una tarde templada, deliciosa, tarde de primavera en aquel suelo asturiano, donde la naturaleza espléndida y exuberante hace soñar con el Paraíso que perdieron nuestros pecadores padres, donde el suelo cubierto de verde y salpicado de flores causa la desesperación del artista, impotente para reproducirle, Juan Pedro sintió que la sangre corría más caliente por sus venas, que el cuerpo recobraba el perdido vigor y tuvo deseos de pasear por el campo y respirar á todo pulmón el aire puro que fortalece. Paso á paso se dirigió al sitio donde trabajaba su padre, logrando su objeto sin grandes fatigas.

El anciano le recibió con la sonrisa en los labios, dichoso al ver como el hijo volvía paulatinamente á la salud perdida.

—Vamos, hombre, ¿te has *atrevido* á venir solo?

—¿Qué si se había atrevido? Ya estaba él muy mejorado y cuando descansase una miaja iba á probar si podía hundir la azada en la tierra después de tanto tiempo.

Mientras descansaba pensó Juan Pedro en muchas cosas: comparó aquel fértil campo con el que quedaba allá en el teatro de la guerra; donde su padre hundía la azada había vida, muerte y desolación allá; la tierra era fructífera como cuando él se fué, más á ser posible, en cambio donde habían operado los batallones, donde se habían reunido miles y miles de hombres para matarse con saña, sin saber por qué, ¡cuánto tiempo tardaría el campo en batir sus galas! El sol seguía majestuosamente

su marcha hacia el ocaso, cuando Juan Pedro pidió á su padre la azada.

—¿Pero, tendrás fuerzas, muchacho?

—Sí, padre, las tengo. Los que trabajan en el campo están robustos; la pródiga naturaleza no permite que pasen hambre. Cada día que trabaja un hombre vive alegre y tranquila una familia. Comprendo por qué mi madre tiene tanto horror á la guerra: Allí cada tiro lleva una agonía ¡y en veinticuatro horas se puede llenar de dolor el mundo entero.

Y luego mientras hundía la azada contento de poderla manejar.

—No sé — dijo, — como habiendo instrumentos que hacen fértil la tierra y como dando ésta para todos se reúnen los hombres y pasan hambre y sed mientras se despedazan.

RAFAEL RUIZ LOPEZ

Rasgos históricos

En una visita que hizo al Escorial Carlos IV, le dijo cierto personaje extranjero muy versado en ciencias y letras después de una entrevista con el bibliotecario, hombre que debía su destino al influjo y no al propio valer:

— Mejor sería que emplease V. M. á ese hombre en la administración del Tesoro, porque es tan íntegro que no toca jamás al depósito que se le confía



Si el público no me aplaude no será porque dejo el estudio de posturas graciosas.

Las noches del Real

Madrid, Marzo 99.

Una hora antes de empezar la función el paraíso se halla siempre rebotando público, y una hora después de empezada apenas hay espectadores en butacas y palcos. El Real tiene eso: el aficionado *enragé*, que soporta con resignación las incomodidades de los asientos de arriba, acude con sobrado tiempo para no perder una nota, y el público aristocrático y elegante, que en cómodos sillones presencia la función, no va hasta el segundo acto.

Durante el primero, va entrando gente, la sala empieza á animarse, y ya se deja oír el murmullo de alguna que otra conversación sostenida en el fondo de un palco; los artistas, en día de su *debut*, no acostumbrados á las tonterías del público madrileño, se preguntan con extrañeza si no acude más gente á oír la ópera.

El telón cae al final del acto sin que se turbe el silencio y empieza á salir gente al amplísimo *foyer*.

Allí casi hay más hombres que dentro; se han quedado fumando, algunos aun sin quitarse los abrigos, y prosiguen la conversación empezada en el Casino durante la cena ó surgida al encuentro de un amigo.

Se cambian saludos y se hacen comentarios á los sucesos del día. Empiezan las discusiones.

—Sí, señor; la derrota del gobierno es inevitable, créame.

—¡Ríase usted hombre, ríase usted!

Aquellos dos políticos se alejan, y las miradas se dirigen hacia la puerta de entrada, por la que, levantando el pesado cortinón, aparece la arrogante figura de una mujer, casi siempre de apellido ilustre.

—¡Qué tenor! se oye decir — ha estado infame en el *aria* de salida; si sigue así, no acaba la ópera, los del paraíso se lo comen.

— Es natural ... mucha ópera para él ¡Ah! bien recuerdo á Tamagno. Mire usted: aquí, aquí mismito, y en esas frases ¡producía un entusiasmo! Y era lógico. ¡Aquella fuerza de pulmones!

— ¡Ah, yo lo creo! era mucha fuerza.

Va acudiendo más gente, de los palcos altos bajan *racimos de gomosos*, que acuden á ver de cerca á la gente, pues desde sus localidades, sólo la distinguen á *vista de pájaro*.

Pasan viejos, de aquellos que hablan de Tamberlik, Lagrange y Selva; de los que no están por las *fiorituras* de los tenores; de los que se entusiasman con *Norma*, *Semiramis*, etcétera; pasan to-



Flecho los corazones
yo como nadie;

que tengo sal y tengo
la mar de ángel.

La Saeta

siendo y murmurando, empeñados en que la decadencia es grande y que actualmente no hay tenores, ni tiples, ni público.

—Sí, señor; aquellos tiempos; aquellas bailarinas tan graciosas, tan elegantes, tenían tal atractivo... un no sé qué...

—No, usted perdone; yo si sé cual era el atractivo y ese, créame, también lo tienen éstas.

El *Joyer* se halla completamente animado, en derredor del monumento á Gayarre se han formado grupos. Se cogen al vuelo ciertas conversaciones, se comenta al oído algún hecho escandaloso y de todo se murmura.

—¡Quite usted allá, ¡si á mi me han asegurado que hasta le pega!

—¡Hombre, eso ya es abusar! Debería contentarse con engañarle buenamente.

La gente entra y sale de la sala, los recién llegados se asoman por la puerta de butacas para ver *quién hay*, ya se han ido llenando los palcos, y se destacan de la muchedumbre las mismas caras de siempre, las que se ven en todos los sitios de moda.

Las miradas se dirigen á una de las plateas; allí hay algo nuevo; algo que aquel día presta animación al teatro: una mujer hermosa ocupa el palco; su brillante traje verde, recamado de lentejuelas de oro, le da una nota originalísima; pronto su nombre corre de boca en boca; ya todo el mundo sabe quien es: la estrella de París, la bailarina española que hace más prosélitos en Francia para nuestra tierra que pudiera hacerlos una serie de embajadores; es ella, la antigua corista del teatro Apolo; la que (habiéndole prestado apoyo moral y *material* varios descubridores de mujeres hermosas) ha sabido colocarse en primer término entre las pecadoras de la gran ciudad. Se sabe que va á Rusia, y que ha querido proporcionarse el placer de venir á Madrid como reina, ya que antes vivió en él como esclava; se la analiza y desmenuza; se adivina en ella las noches de placer y de sufrimientos, vividos allá lejos, antes de ser lo que es. Va acompañada; otra mujer ocupa también el palco:

es una artista del *Casino Music-Hall*, que ha tomado carta de naturaleza en Madrid, que ha entrado en la vida; que ha cenado con dos ó tres viejos y que se ha dejado pegar por un novillero: esto se sabe, se comenta desde el pasillo de butacas, en algún palco de hombres solos, al oído de los señores graves y á espaldas de las señoras.

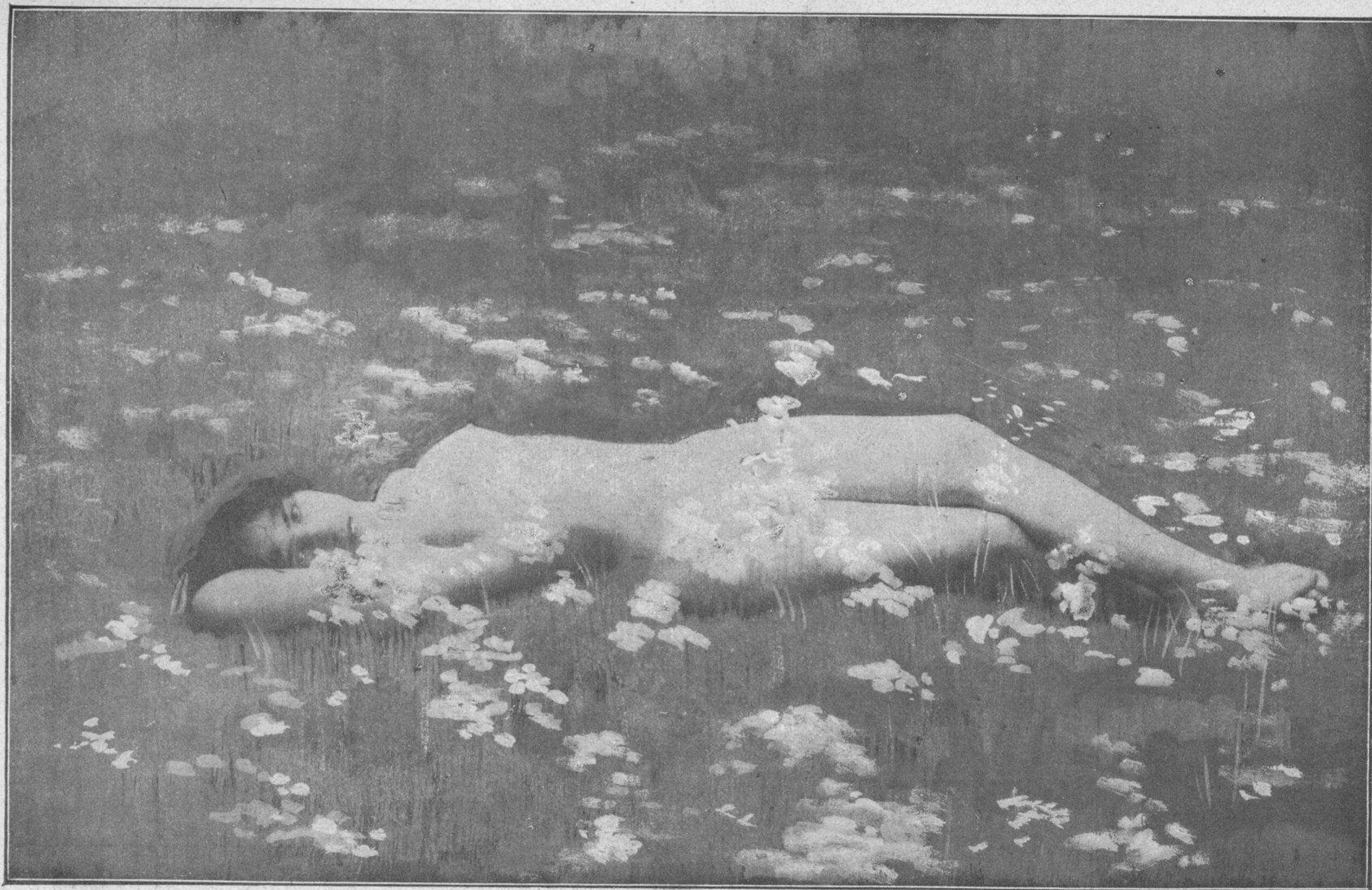
El repiquetear de los timbres anuncia el comienzo del segundo acto; el público ha llenado las localidades; el teatro presenta un bellissimo golpe de vista; el proscenio de *la sociedad de palcos*, se halla *au grand complet*; sus abonados prodigan saludos por toda la sala; en el fondo se ve al ministro de Estado; y las plateas, por su proximidad á las butacas, permiten que sean admiradas las damas que en ellas brillan.

El bellissimo escote de una extranjera atrae todas las miradas; la sobrina de un conocido hombre público, obliga á pensar una porción de cosas no del todo discretas...

La representación continúa; la vista se dirige al escenario; los gemelos asaetean á las bailarinas; tropel de muchachas delgadas, algunas soñolientas; las coristas, correctamente co'o-



Muchas gracias, señores.



Despertar de la Primavera.

La Saeta

cadras en fila, dejan paso á la tiple; ésta lanza unos gorgoritos y cesan por un momento las conversaciones; se presta atención á la ópera; mas pronto se abandona y vuelve el ruido, y se perciben claramente las voces y sólo cuando el tenor pide *¡vendetta, vendetta!* el público escucha...

La representación sigue, llega al final; pero mucho antes la gente ha empezado á desfilarse, llénase de nuevo el *foyer*; todo el público elegante se halla allí reunido, la mayoría esperando los coches.

Se cambian los últimos saludos; se dan citas; se oyen quejas y recriminaciones; se sorprenden señas; se descubren misterios, mientras la voz potente del portero dice: — ¡El coche de los señores de X! ¡Señores de X!

Poco á poco suenan todos los nombres; salen los últimos; se retiran los guardias, y allá fuera quedan dos ó tres *simones* sin alquilar, y cuyos cocheros producen al discutir, el único ruido que turba el silencio en los alrededores del teatro.

Después nada; los artistas se fueron satisfechos por el triunfo... del sueldo; el público se ha entretenido: ¡y eso le ha bastado!

AGUSTÍN R. BONNAT

Cañitas

Soy malo, porque me han hecho
lo que á las ramitas bajas,
que la que estorba, se quita,
pero nadie la levanta.

Mira lo que me decían
cuando me marché del pueblo;
mis amigos: — Divertirse,
mi madrecita: — Sé bueno...

Un cantar es un suspiro
arrancadito del alma,
nota que se lleva el viento
dulce como la esperanza.

J. ENRIQUE DOTRES



— Que no alte un detalle. Sé que está en el palco proscenio y quiero rendirle.



En el Circo.



Me dijeron que estaba gravemente enfermo un amigo mío, pintor de toros.

—¿Y qué tiene?—pregunté con interés.
—Le ha dado dos cornadas un modelo.



—¿Cómo — preguntaba un misántropo — hablando tan mal del género humano, pertenece usted á la sociedad protectora de animales?

—Le diré á usted: por delación de un amigo fui perseguido y tuve que emigrar á Suiza. Al atravesar una montaña, quedé enterrado entre la nieve, y... ¿sabe usted quién me salvó? Un perro del monte de San Bernardo; usted dirá cuál de los dos era mi prójimo: desde entonces hablo con amabilidad á los perros y ladro á los amigos.



Con un mentido fervor dicen algunas mujeres:
—Soy esclava del Señor.
¿No fuera mucho mejor esclava de sus deberes?



Dos horizontales, hablando del nuevo protector de una de ellas, dicen:

—¿Te has informado bien? ¿Es hombre serio?
—¿Serio? ¡Yo lo creo! ¡Cómo que por mí está tirando toda su fortuna por la ventana!



—Dime, Adelina: ¿Irás mañana á las carreras de caballos?

—¡Pues, no que no! ¡Me gustan tanto las caídas!



—¿Quiénes son aquel caballero y aquella señora rubia?

—Son unos propietarios inmensamente ricos de Nueva Orleans; pero intrigantes de la peor clase. Imagínese usted que triunfa la causa de los negros, y la mujer da á luz un hijo negro.



—¿Por qué no da usted limosna á los pobres?—preguntaban á un avaro.

—Porque el Evangelio dice: «No hagas al prójimo lo que no quieras que te hagan á ti mismo». Pues bien, yo no quisiera que me dieran limosna.



CHARADA

Con una primera cuarta de gró, la señora *Todo*, quiere arreglarse un vestido que le resulte acomodado. Lo *prima dos*, no le gusta pues, si se llena de lodo nos dice que es una lástima y se pierde de igual modo. Mas su modista *tres cuarta* dijo que es mentira todo, que el gró lo tiene de antiguo y lo gasta de este modo.

MORENO.

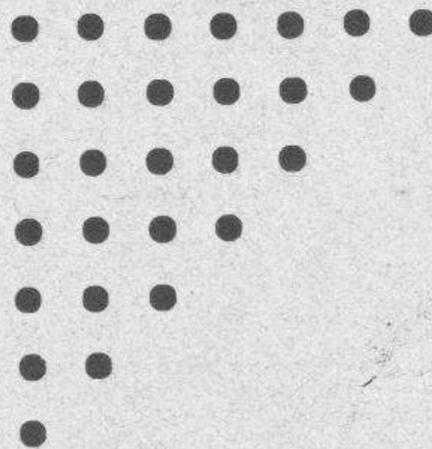


Jeroglífico comprimido

BAMBÚ MANOJO

BENITO ESCRIBANO.

Triángulo



Substituir los puntos por letras, de manera que vertical y horizontalmente resulte, 1.ª línea nombre de varón, 2.ª ídem, ídem, 3.ª fruta, 4.ª tejido, 5.ª pecado capital, 6.ª interjección y 7.ª vocal.

K. MARÁ.



Copa de estrellas

| | | | | | |
|---|---|---|---|---|-------------------|
| * | * | 0 | * | * | Producto marisco. |
| | * | 0 | * | | Verbo. |
| | * | 0 | * | | Animal. |
| | * | 0 | * | | Nombre de mujer. |
| | * | 0 | * | | Tiempo de verbo. |
| | | 0 | | | Número romano. |
| | | 0 | | | Consonante. |
| * | | 0 | * | | Prenda militar. |

y leídos verticalmente los ceros de arriba á abajo, nombre de varón.

LUIS LÓPEZ DE LOME.



Cruz



Sírvase usted substituir las estrellitas por letras, de forma que vertical y horizontalmente resulten dos nombres de mujer.

I. TESNOP.



Problema



Substituir las cruces por cifras, que sumadas horizontal, vertical y diagonalmente, den por resultado 22; advirtiendo que en ninguna línea, puede repetirse una misma cifra.

A. ARROYO MANJÓN.



Soluciones á lo insertado en el número anterior.

CHARADA.—Capazo.

ADIVINANZA.—Mi-ka-do.

ROMBO.—
 2
 4 3 5
 I 2 4 3 2
 6 2 4
 I

TERCIO SILÁBICO.— A - CAN - TO
 CAN - DON - GA
 TO - GA - DO

JEROGLIFICO COMPRIMIDO.—Estados Unidos.

SILLA NUMÉRICA.—Policarpio.

de que está sola y nadie la contempla
 mientras el hombre mira, ella descansa
 creyendo que su vida está segura.
 Esta es España, y el hombre aquel Makinley,
 que la quiere robar á traición,
 pero no cuenta que yo amo á mi patria
 si se acerca, le parto el corazón.»

Usted, por prescindir, prescinde hasta de aquello de
 que dicen catorce versos tiene un soneto; pero no im-
 porta, porque ahora ¿á qué estamos si no á regenerar
 todo lo que caiga por nuestra cuenta? ¡Ah, y que no le
 tiemble á usted el pulso cuando llegue el momento crí-
 tico!

T. M. de la R.— ¡Cáspita, cáspita, cáspita! ¿Con que
 usted es licenciado? Pues hombre no se conoce, ni en
 los latines. Además orto se pone así, sin *h*. De los dos
 puntos no hablemos, porque son *abstrusas y elevadas*
filosofías para usted, como para otro que, sin embargo
 escribe, aunque escribe *malamente*. La península no es
 isla, y la isla no es península, por más que le parezca
 á usted lo contrario... y así sucesivamente. ¡Ah, y sien-
 do licenciado no tome usted *giros griegos* de donde
 usted los toma confundiendo ρ con φ . ¡Ya ve usted!
 esos griegos eran también muy raros!

Demonio. — ¡Ave maría purísima!

Y siguen en turno otros señores.

Correspondencia

F. A. — El uno es de sobras conocido, y el otro no
 puede componerse.

A. A. M. — Se publicarán.

Gertrudis. — Pídame usted la vida, pero no que *le*
haga á usted poeta. Yo no soy Dios, ni siquiera minis-
 tro á lo Cánovas quien, como usted sabe, lo mismo *ha-*
cta académicos que diputados. Además le aconsejo que
 no *huse* *ustéx* pseudónimos femeniles, porque ahora
 tiene mala pata eso del *esteteísmo* .. ¡pero *mú* mala!

F. F. Retzmedblegh. — ¡*Jesús*, qué apellido el de
 usted! Es de los que no se *prenuncian*.

L. M. — No me disgusta; pero me parece floja por
 el asunto... y hasta por los símiles. Y fíjese usted en
 que ¡se ha dicho tantas veces todo eso! Si prueba algo
 más procure hacerlo con donaire, con viveza... ¡vamos!
 alegremente.

L. M. — Da la casualidad que tiene usted y el señor
 á quien antes contesto las mismas iniciales y no han
 puesto ninguno de los dos el segundo apellido; para
 que no haya trabacuenta inserto la carta que me dirige:
 dice usted: «Por primera vez en mi vida tomo la plu-
 ma para hacer un verso que le mando para que lo in-
 serte en su *gién* semanario: Si no lo *allegara* á ver pu-
 blicado me *dava* un patatús que me *cuenta* el pellejo.
 Si en algo se estima esta su vida que le ofrezco *dende*
 este *mesmo* momento espero que en *brebe* lo verá pu-
 blicado.»

Conste que me estimo esa su vida y allá va el

SONETO

«Debajo de los copudos árboles
 hay una mujer que está durmiendo
 y mirando sus puros arreboles
 un hombre la contempla desde lejos,
 más ella sosegada y satisfecha

Nueva edición corregida y aumentada, por el DR. TOSMAE.
 ANTES, en el
LECHO CONYUGAL
 y DESPUES

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para
 considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales,
 estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.). Con-
 sejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para
 que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración,
 posiciones femeninas y masculinas, etc.). Precauciones que de-
 ben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó
 anulen el poder genital, conservando siempre la virilidad de
 la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera
 guía del hombre y la mujer que quieren conocer los secretos
 más íntimos y sublimes de la relación sexual.

¡A 3 pesetas en las buenas librerías y vá por correo, en-
 viándolas en libranza ó sellos á LA AVISPA, Alcalá, 23, Madrid.
 En Madrid se vende librerías de Fé, Car.ª S. Jerónimo; San Mar-
 tín, Puerta Sol, 6; Suárez, calle Preciados, y LA AVISPA, Alcalá, 23.

En Barcelona, Herederos de Felip y Compañía. — Zurbano, 6.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y
 las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfer-
 medades de la vejiga :
 Cistitis del cuello, Ca-
 tarro de la vejiga, Hema-
 turia. Cada Capsu-
 la lleva el nombre

SANTAL MIDY

PARIS, 8, rue Violenne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
 al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
 Año. 11 »
 Extranjero y ultramar, un año. 17 »

Número corriente, 20 céntimos.
 Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscrip-
 ciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

de p... y...
de p... y...
de p... y...

de p... y...
de p... y...
de p... y...

de p... y...
de p... y...
de p... y...



de p... y...
de p... y...
de p... y...

de p... y...
de p... y...
de p... y...

de p... y...
de p... y...
de p... y...

de p... y...
de p... y...
de p... y...

de p... y...
de p... y...
de p... y...

de p... y...
de p... y...
de p... y...

de p... y...
de p... y...
de p... y...



20 cents.

Núm. 436

